

en esto la intervencion inmediata del Señor, maestro de la Iglesia?

(Véanse al fin del tomo los DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS, núm. II).

seguro que ellos permanecieron siempre unánimes en su enseñanza, merced á esta regla de fe corta y precisa; transmitida primero esta fórmula de viva voz, se escribió mas adelante, antes del final del siglo I, aumentándose desde que principiaron á germinar las primeras herejías.

SEGUNDA PARTE.

DESARROLLO EXTERIOR

DE LA IGLESIA CATÓLICA.

CAPÍTULO I.

I. PROPAGACION DEL CRISTIANISMO. — II. PERSECUCIONES DE LA IGLESIA CRISTIANA.

FUENTES.— *Fabricii* Salutaris lux, etc. *Blumhardt*, Ensayo de una historia universal de las misiones. *Le Quien*, Oriens christianus. París, 1740, 3 v. *Osiander*, Prop. de Christ. (Arch. de Staulin et de Tzschirner, t. IV, p. 2).

§ LXII.

Propagacion de la Iglesia cristiana en Asia.

Desde los tiempos apostólicos se extendió la Iglesia en un vasto territorio, siendo muy numerosas desde un principio las iglesias particulares. Desde entonces se trató ya de engrandecer las iglesias fundadas y de crear otras nuevas en nuevas regiones, lo cual se realizó muy pronto, no solamente en los límites del imperio romano, sino tambien en los países limítrofes. La Providencia se sirvió precisamente de los desórdenes de una guerra incessante para propagar la Religion de la paz. Los ejércitos que invadian los territorios del Imperio, dejaban en él muchos guerreros cautivos: estos prisioneros oían hablar del Cristianismo durante su cautividad, y aprendían á conocer su virtud civilizadora así por ellos mismos, como por los numerosos ejemplos de que estaban rodeados. Conseguida su libertad, llegaban á ser entre sus

bárbaros compatriotas los predicadores de la religion de sus enemigos.

La ruina de Jerusalem habia debilitado sin duda, pero no enteramente extinguido, la adhesion de los judíos del Asia á la ley mosaica. Cuando esta ciudad se levantó de entre sus ruinas, los cristianos emigrados antes de ser destruida, volvieron á ella con Simeon su obispo. Los trece obispos que sucedieron á este hasta el reinado de Adriano, fueron, como Simeon, de origen judío, continuando por lo mismo la comunidad en la observancia de la ley judaica. Pero cuando el famoso falso Mesías Bar-Cocheba, es decir, el hijo de la estrella ¹, hubo determinado la devastacion de toda la Palestina por medio del levantamiento de los judíos, fue disuelta la comunidad judaico-cristiana de Jerusalem. Los desterrados se unieron á los Cristianos anteriormente Paganos de *Elia Capitolina*, nuevamente construida en sus cercanías y cuyo primer obispo, Marcos, era de origen pagano como lo fueron sus sucesores. *Cesarea* era en Palestina una iglesia mas importante que *Elia Antioquia*, de la cual habia sido obispo san Pedro, y la que segun Evodio, sucesor de este, habia sido glorificada con el martirio de san Ignacio, continuó siendo la primera y la mas floreciente de las iglesias del Oriente ². En *Siria* florecian las iglesias de Seleucia, Berea, Apamea, Hierápolis, Ciro y Samosata. En la *Osroëne* se edificó en el año de 228 una iglesia cristiana en Edesa, capital de la provincia. Se citan en *Mesopotamia* desde un principio las comunidades de Amida, de Nisibe y de Cascar. Los Cristianos de Armenia recibieron una carta de Dionisio de Alejandria sobre la penitencia ³; Maris, discípulo del apóstol san Tadeo, fue, segun dicen, obispo de Seleucia, en Caldea, cerca del Tigris. La iglesia de *Seleucia*, importante desde su origen por sus relaciones con *Ctesifon*, llegó á ser un plantel para el reino de los partos, llamado mas adelante reino Pérsico. Panteno, jefe de la escuela de los catecúmenos de Alejandria, propagó activamente el Cristianismo en la India (ó sea la Arabia Feliz ⁴). La semilla arrojada por el apóstol san Pa-

¹ Núm. xxiv, 17.

² *Eusebio*, Hist. ecl. III, 36.

³ *Eusebio*, Hist. ecl. VI, 46.

⁴ La Arabia Feliz, porque *Philostorg.* Hist. ecl. II, 6, llama á los Home-

blo en la Arabia dió abundante fruto ¹. Mas adelante un jefe de esta region pidió ser instruido por Orígenes en la doctrina evangelica; y á pesar de las fatigas de tan largo viaje, el piadoso teólogo de Alejandria cumplió este encargo, digno de un verdadero servidor de Dios. Tambien fue este ilustre Doctor el que atrajo á la verdadera fe de Jesucristo al obispo Berilo, de Bostra, en la Arabia Petrea ². Por último, el Cristianismo tuvo tambien numerosos adictos en Persia, por los siglos II y III ³.

§ LXIII.

Iglesias cristianas en África.

FUENTES. — *Wetzer*, *Makrizii historia Coptor. christianorum in Aegypto*. Solisb. 1828.

El Egipto habia visto desde muy temprano al evangelista san Marcos gobernar como primer obispo la iglesia de Alejandria. Pero desde entonces y hasta el principio del siglo III, dificultaron la fundacion de iglesias nuevas, y especialmente la institucion de gran número de obispos, la gran influencia de los judíos en el bajo Egipto, la Libia y la Pentápolis, la devastacion y despoblacion de aquellas provincias, ocasionada por el levantamiento de los judíos en tiempo de Adriano, y en fin el número considerable de Gnósticos ⁴.

Los ánimos estaban tanto mas dispuestos á recibir entonces el Cristianismo, cuanto mas se iban separando del sombrío culto del Egipto, y reconociendo, merced á las lecciones de los grandes teólogos de Alejandria, que solo la doctrina cristiana satisface las necesidades de la humana naturaleza.

ritas y Sabeos, *Indios*, y porque *san Jerónimo*, de Vir. illustr. c. 36, cuenta que Panteno halló entre ellos el Evangelio de san Mateo, el que debian de haber recibido de san Bartolomé, cuyos trabajos apostólicos en la Arabia Feliz están confirmados. Cf. *Tillemont*, t. I, part. III. *Mosheim*, Comment. de reb. Christ. ante Constant. M. p. 206. *Euseb.* Hist. ecl. V, 10; VI, 19.

¹ Gál. i, 17.

² *Eusebio*, Hist. ecl. VI, 20, 33.

³ *Arnob.* (Hacia el año de 297) ad gentes, II, 7. (*Galland. Bibliot.* t. IV).

⁴ *Eusebio*, Hist. ecl. II, 16; VI, 2.

Los orígenes de la Iglesia cristiana ¹ en el África occidental son muy oscuros. Es verosímil que Roma enviase allí desde muy temprano obreros evangélicos. *Cartago* llegó á ser la metrópoli de las iglesias de África; resultando de aquí que se extendiese en Numidia y Mauritania la doctrina cristiana con tanto éxito, que *Tertuliano*, el ilustre sacerdote de Cartago († hácia el año de 240 ²), dice, que el número de los Cristianos sobrepujaba al de los paganos en las ciudades del África. A fines del siglo II reunia ya *Agripino*, obispo de Cartago, un sínodo de setenta obispos de África y de Numidia, y el ilustre san Cipriano, los de las tres provincias en número de ochenta y siete ³.

§ LXIV.

Extension del Cristianismo en Europa ⁴.

FUENTES. — *Holzhausen*, Fund. de la Igl. crist. en las prov. somet. al obisp. de Roma. (*Ilgen*. Gaceta hist. t. VIII).

El apóstol san Pablo y sus compañeros habian sembrado el Cristianismo en la Grecia y las regiones vecinas. La mas floreciente de las iglesias de Italia era sin contradiccion la de Roma, ciudad dichosa, vivificada por la palabra, regada con la sangre y glorificada con la muerte de los príncipes de los Apóstoles. Una gran multitud de cristianos (*ingens multitudo*), segun el mismo Tácito, fueron cruelmente martirizados y muertos durante la persecucion de Neron ⁵. Á mediados del siglo III, la iglesia de Roma tenia setenta y seis sacerdotes, siete diáconos, siete subdiáconos, cincuenta lectores y

¹ *Münteri* Primordia Eccl. Afric. Hafn. 1829.

² Ad Scapul. c. 2: Tanta hominum multitudo pars poene major civitatis cunjusque; et c. 5: Quantis ignibus, quantis gladiis opus erit? Quid ipsa Carthago passura est decimanda à te? p. 86 et 88. Apologet. c. 37. Hesterni sumus, et vestra omnia implevimus, urbes, insulas, castella, municipia, conciliabula, castra ipsa, etc. p. 33.

³ *Cypr.* ep. 71 y 73. *August.* de Baptismo, II, 13; *Mansi*, t. I, p. 967-92. *Harduin.* t. I, p. 139-180.

⁴ Cf. § 50.

⁵ *Tertul.* de Praescr. c. 36; *Tacit.* Annal. XV, 44.

un gran número de clérigos inferiores. Varias iglesias de la Italia fueron fundadas por los discípulos inmediatos y contemporáneos de los Apóstoles ¹. Así encontramos á san Rómulo en Fiésola, á san Apolinar en Ravena, á san Anatalio en Milan, á san Marcos en Aquileya, á san Zamas en Bolonia. Bari en la Apulia se gloria de haber recibido de san Pedro su primer obispo san Marcos, que fue martirizado en tiempo de Domiciano, teniendo la gloria de conservar tradiciones semejantes las iglesias de Benevento, Capua, Nápoles, Palermo y Siracusa, en Sicilia: tambien se encuentran en Verona, Pisa, Florencia y Sena ². No se puede afirmar positivamente que el apóstol san Pablo haya anunciado el Evangelio en España (*), como tampoco se puede afirmar lo mismo del apóstol Santiago, hijo del Zebedeo ³, cuyo pretendido sepulcro en Compostela fue visitado por la piedad de los españoles (***) desde la mas remota antigüedad. Lo que está plenamente probado por una inscripcion descubierta allí, es que el Evangelio fue anunciado en aquel país desde el siglo I ⁴. En el siglo III hace mencion la historia de las iglesias de Leon, Astorga, Zaragoza (*Caesar-Augusta*), Tarragona, etc. Diez y nueve obispos españoles asistieron al sínodo celebrado el año de 306 en Elvira ⁵ (*Illiberis*). El obispo san Fructuoso y sus diáconos san Augurio y san Eulogio ⁶, ilustraron con su glorio-

¹ *Selvaggio*, Antiq. Crist. lib. I, c. 5-7, p. 1. Mogunt. 1787.

² Cf. *Joann. Lami*. Deliciae erudit. t. VIII; t. IX, praef.

(*) Todos los puntos que toca aquí el autor relativamente á las cosas de nuestra Peninsula están luminosamente discutidos en la *Historia eclesiástica de España*, que ha publicado en tres tomos la *Librería religiosa*, y de la que se ha hablado ya en el prólogo de la presente.

(Nota del Traductor).

³ *Natal. Alex.* Hist. eccl. saec. I, diss. 13, sobre san Pablo y Santiago (t. IV).

(**) Y extranjeros, pues toda la historia lo dice á una voz.

(Nota de los Editores).

⁴ *Gruterii* Thesaur. inscription. n. 9. La autenticidad de esta inscripcion se halla defendida por *Walch*, *Persecutio christianor.* Neron. y está puesta en duda por *Scaliger*, y varios otros. Cf. *Iren.* Contr. haeres. I, 10, p. 49. Annot. p. 43. *Tertul.* Adv. Jud. c. 7, p. 212.

⁵ *Mansi*, t. II.

⁶ Act. de los Márt. *Ruinart*, p. 210.

so martirio la Iglesia de España, durante la persecucion de Valeriano.

Mucho antes de la introduccion del Cristianismo, el pueblo de las Galias habia estado sometido á la influencia y á la direccion religiosa y política de la fuerte y poderosa jerarquía de los druidas¹: despues de las victorias de los Césares, las leyes romanas restringieron el imperio de la religion nacional, é infiltrándose poco á poco en las creencias populares la mitología romana, debilitó por lo mismo la fe primitiva. Entonces fue cuando el Asia Menor envió apóstoles del Evangelio á los galos perturbados y descontentos²; y desde el siglo II, la historia cita con orgullo las iglesias florecientes de Lyon y de Viena. Tambien cita al obispo Fotino, discípulo de san Policarpo, martirizado en el año de 177, á otro mártir formado igualmente en la escuela de Policarpo, san Ireneo, el vigoroso é inteligente adversario de los Gnósticos († 202), y á Postumio, á quien su piedad y su amor á Jesucristo habian llevado del Asia á las Galias despues de san Ireneo, para trabajar allí con celo en el establecimiento del Cristianismo,

Gracias al obispo de Roma san Fabiano³, se fundaron á mitades del siglo III, segun se cuenta, las iglesias de Tolosa, Narbona, Arles, Clermont, Limoges y París. (Dionisio, obispo de París, ha sido confundido en la edad media con Dionisio el Areopagita). No tardaron las iglesias de las Galias en adquirir activas relaciones con las de Italia y África. Cipriano rogó al obispo de Roma san Cornelio, que exigiese de los obispos galos la deposicion de Marciano, obispo novaciano de Arles. Poco despues se elevaron rápidamente las iglesias de Marsella y de Nantes. Los obispos de Reims, Ruan, Vaison y Burdeos y los enviados de otras

¹ *Caesar*. de Bell. Gall. I, 31; VI, 1-216. *Mone*, Hist. del Pagan. en la Europa sept. t. II; Leips. y Darmst. 1822, t. II, p. 35-8. Opinion sobre los druidas, por Mr. el conde de J. (Univ. cathol. 1843, p. 389-95).

² La fundacion de la iglesia de París por *Dionisio el Areopag.* (Act. xvii, 34), se ve negada por *Sirmond*, *Lannoy*, *Petau*, y otros. Cf. *Petr. de Marca*, ep. de Evang. in Gallia initiis (*Valesii* ed. Hist. eccl. *Eusebio*); y está defendida por *Natal. Alex.* Hist. eccl. I saec. diss. 16, t. IV, p. 343 sq. Cf. *Eusebio*, Hist. eccl. V, 1.

³ Esto reposa solamente en el único testimonio de *san Gregorio de Tours*. Hist. Francor. I, 28; X, 31.

iglesias, celebraron en Arles un concilio contra los Donatistas¹. San Ireneo nos enseña ya que el Cristianismo se habia esparcido en las dos Germanias, es decir, en el país que costea la orilla izquierda del Rhin hasta Bélgica². Es cierto que la iglesia de Tréveris, á la sazón capital de la Galia-Bélgica, y las de Metz y de Colonia existian ya al fin del siglo III, y que sus primeros obispos fueron Eucario, Clemente y Materno. Materno, obispo de Colonia³, despues de haber tomado parte en las decisiones llevadas á Roma contra los Donatistas (313), se encontró inmediatamente á esto y en union de su diácono Macrino, en el concilio de Arles (314), al cual asistian además el obispo Agrosio y el exorcista Félix, de Tréveris⁴. Lo que no está muy averiguado es el origen de otras tres iglesias que datan de la misma época, á saber, Tongres, Espira y Maguncia, cuyo primer obispo debe de haber sido san Crescencio. Con mas certeza se sabe cómo fueron fundadas las iglesias de las regiones del Danubio, de la Nórica, de la Recia y de la Vindelicia, en las cuales esparcieron las primeras semillas del Cristianismo los soldados cristianos residentes en los campamentos y colonias romanas de aquel territorio. La mas antigua de aquellas iglesias es la de Lorch (*Laureacum*), cuyo obispo Maximiliano recibió la corona del martirio en Celeda (Cilly en la Carniola), su ciudad natal (285). Igual gloriosa muerte arrebató al obispo Victorino (303) á la iglesia de Petavia (Pettau en Estiria), y á san Afre á la de Augsburgo⁵.

De la misma manera habia sido extendido el Cristianismo desde el final del siglo II, especialmente por medio de los prisioneros, entre los godos, gentes belicosas y bárbaras que habitaban la Me-

¹ Cf. *Harduin*. t. I, p. 267; *Mansi*, t. II, p. 476.

² *Iren.* Contr. haeres. I, 10, p. 49.

³ *Opt. Milevit.* de Schism. Donatist. I, 23.

⁴ *Hug. Calmet*, Hist. de Lorena, t. I, p. 7. *Nic. ab Hontheim*. diss. diplom. Trevirensis in prodromo, t. I, p. 64 (diss. de aera fundati episcopatus Trevir.). *Tillemant*, t. IV, p. 1082. *Bolland.* Acta Sanctor. Jan. t. II, p. 922. Los tres tratan de probar que *Eucario* vino á Tréveris, y que *Materno* no apareció en aquellas regiones hasta principios del siglo IV.

⁵ *Chronicon Laureacens. et Petaviens.* Archiep. et Episc. (*Pezii*, t. I, Script. rer. Austr.); sobre *san Afre* cf. *Ruinart*.

sia y la Tracia, turbando las regiones vecinas con repetidas invasiones ¹.

En la Bretaña, mas allá del canal de la Mancha, así como en las Galias, habian disminuido notablemente la influencia drúidica, la dominacion, la mitología y la civilizacion romanas, dando el Cristianismo en estas regiones insignes pruebas de su virtud civilizadora. Cuando la Iglesia de Inglaterra, apoyándose en testimonios posteriores, como los de Eusebio y de Teodoro ², pretende, para colocar á un Apóstol á la cabeza de su episcopado, que san Pablo fué á anunciar el Cristianismo á la Gran Bretaña, no puede presentar pruebas que justifiquen sus piadosos esfuerzos; pero lo que está plenamente confirmado, es que desde muy temprano se fundaron allí, merced á los soldados y á los colonos romanos ³, comunidades cristianas, de las cuales hablan Tertuliano y Orígenes á principios del siglo III. El venerable Beda afirma que un jefe breton, llamado Lucio, pidió y obtuvo maestros cristianos á Eleuterio, obispo de Roma, en tiempo de Marco Antonino. El edicto de proscripcion de Diocleciano ⁴ hirió rudamente y de varios modos á la Iglesia de Bretaña (303), habiendo sido su primer mártir san Albano. En el sínodo de Arles, tan frecuentemente citado, aparecieron ya tres obispos bretones de *Eboracum* (York), de Lóndres y de Lincoln.

De esta suerte se propagó por todas partes el Cristianismo. Escuchemos por un momento á los santos Padres, cuyo lenguaje acaso parezca algo enfático en esta circunstancia ⁵. No hay pueblo, dice san Justino, griego ó bárbaro, en el que no se dirijan oraciones y acciones de gracias al Padre y al Criador del mundo en nombre de Cristo crucificado. San Ireneo no habla solamente en

¹ *Sozomen. Hist. ecl. II, 6; Philostorg. Hist. ecl. II, 5.*

² *Euseb. Demonstr. evangel. 3 y 7. Theodoret. Comment. in II Timoth. IV, 17 et in Ps. 116. (Opp. ed. Schulze, t. IV, p. 829 sq.).*

³ *Tertull. ad Jud. c. 7. Origen. in Math. tract. 28. Cf. Usseri Britannicar. Eccles. antiquit. Lond. 1687. Bingham, Orig. ecl. t. III, p. 557 sq. Bonn. Gaceta de Fil. y Teol. catól. 15.^a entrega, p. 88-103. Thieles, Comment. de Eccl. Britannicae primordiis, P. 1. Dal. 1839.*

⁴ *Gildas, Querulus de excidio Britann. Galland. Bibl. t. XII.*

⁵ *Justin. M. Dial. c. Tryph. 117. Iren. Contr. haer. I, 10. Tertul. adv. Jud. c. 7, Apologet. c. 37.*

general de las iglesias cristianas extendidas en el mundo hasta los confines de la tierra, sino tambien cita particularmente las de la Libia, el Egipto, los celtas, los iberos, y aun los germanos: «Entre los partos, los medos, los elamitas, exclama lleno de entusiasmo Tertuliano; entre los habitantes de la Mesopotamia, de la Armenia, de la Frigia y de la Capadocia; en el Ponto, el Asia Menor, en Egipto y la Cirene; en medio de las diversas razas de los «gétulos y los moros, y las poblaciones de España, de la Galia, de «la Bretaña y de la Germania, donde quiera y en todas partes encontramos fieles. Los Cristianos, dice además el mismo, son demasiado numerosos para levantar ejércitos no inferiores á los de «los partos y los marcomanos.»

En medio de estas triunfantes enumeraciones no debe olvidarse, sin embargo, que en todas partes, y frente á frente de los Cristianos, se encontraba una poblacion todavía mas numerosa de paganos, como lo prueban ya la necesidad en que se encontraron Constantino Magno y sus sucesores de combatir el Paganismo en todo el imperio, por medio de severos reglamentos; ya la posibilidad en que estuvo Juliano, cincuenta años despues del reconocimiento público del Cristianismo, de ensayar la restauracion del Paganismo, restableciéndolo como religion del Estado.

§ LXV.

Causas de la rápida propagacion del Cristianismo.

Estas causas se encuentran en parte en las circunstancias exteriores; pero mas todavía en el mismo espíritu del Cristianismo. Bajo el primer respecto, hay que tener presente que en casi todos los pueblos de la tierra existian profecías que anunciaban la venida del Mesías ¹, las cuales se habian esparcido mucho entre los romanos. En segundo lugar, la universal tradicion de un comercio inmediato de la Divinidad con el género humano, y los sa-

¹ Entre los chinos, véase *Windischmann, Hist. de la Filos. t. I, p. 364 y 454.* Entre los persas, cf. *Plutarch. de Isid. et Osirid. c. 17,* y el *Zend-Avesta* trad. por *Kleuker, II, p. 175; III, p. 111.* Adic. al *Zend-Avesta*, por *Kleuker, t. I, p. 127-441.*

crificios expiatorios usados en todas partes, eran una excelente preparacion para la doctrina fundamental del Cristianismo, á saber, el sacrificio del Hijo de Dios. Además, lo que debia facilitar mas y apresurar el progreso de esta doctrina, era el conocimiento de la lengua griega extendido generalmente, y la union política de tantos pueblos diversos sometidos á un mismo imperio. Los romanos, libres en otro tiempo, rugian de indignacion al verse sometidos como esclavos al yugo imperial; al paso que las otras naciones sojuzgadas deploraban la pérdida de su independencia y de su nacionalidad. En medio de tal decadencia religiosa y semejante opresion política, los espíritus mas ilustrados reclamaban instintivamente la intervencion de una fuerza moral que les emancipase y les hiciese gozar de una vida mejor. El Cristianismo vino á satisfacer esta necesidad religiosa, á la cual no bastaban ni los esfuerzos de la filosofia del siglo, ni las prácticas supersticiosas de las religiones del Oriente. Así es que calmando las angustias de aquellos espíritus conturbados y descontentos corazones, y disipando las incertidumbres de la duda, vino á consolar al pecador, á perdonar al culpable, á ofrecer al pobre de este mundo la esperanza de las celestiales alegrías, á los esclavos, el sentimiento de la verdadera libertad y de la dignidad humana, y á los amos, el respeto de los derechos del hombre. Por otra parte, ¡cuánta no seria la influencia y cuánto el poder que ejercian los misioneros cristianos hablando con tal confianza y demostrando el cumplimiento de las profecías paganas y sibilíticas en la persona de Jesucristo ¹, y mucho mas aun, con el ejemplo

¹ Sybillinor. oraculor. lib. VII, ed. Jo. Obsopaeus. Paris, 1589, ed. III, 1607, in 8. *Serv. Gallaeus*. Amst. 1689, y *Galland. Bibl. PP.* t. I, p. 333 sq. Cf. Prolegom. p. LXXVI sq. á los cuales se agregaron nuevamente lib. XI-XIV in *Angeli Maji* scriptor. veter. nova collec. t. III, p. III, Romae, 1828, in 4, les echa en cara haber sido falsificados por el partido cristiano. Cf. V, 8, n. 3, ad fin. *Aug. De Civ. Dei*, XVIII, 47, es del mismo parecer. Es cierto que la profecía sibilítica, tal como la poseemos, no es auténtica; la que la Sibila vendió á Tarquino fue quemada, y la que se recogió mas adelante tuvo semejante suerte. No obstante su falta de autenticidad, los libros sibilíticos tienen un gran valor histórico. Jamás se hubiera pensado en inventar semejantes profecías, si no hubiera habido ya en el pueblo una disposicion á admitirlas, y si no hubiesen podido ligarse á otros oráculos análogos ya existentes. Dichos oráculos se ex-

de la conducta, santa vida y abnegacion de los primeros Cristianos! Su desprecio por las cosas del mundo, la pureza de sus costumbres, su caridad cordial, su constante beneficencia, su dulzura, el perdon de las injurias y sobre todo el heroico valor que ostentaban en medio de las persecuciones, excitaban la admiracion de todos, no pudiendo los mismos Paganos rehusarles la suya. «Los Cristianos, dice el pagano Cecilio, en Minucio Félix, se aman antes de conocerse,» y Tertuliano repite el grito de admiracion de los adversarios del Evangelio: «Ved como se aman entre sí, y como están prestos á morir los unos por los otros ¹.» Ciertamente no podia menos de ser divina aquella causa, por la cual morian alegres tantos hombres: así es que la sangre de los Mártires se convertia en semilla de Cristianos.

De este modo, el entusiasmo de unos por abrazar el Cristianismo inflamaba el celo de otros para propagarlo. Para los filósofos convertidos era un deber consolador convertir á otros filósofos: Justino, Clemente y Tertuliano así lo confirman con su ejemplo. Todos servian á la santa causa, y ganaban almas para Jesucristo: el negociante, por medio de sus viajes y numerosas relaciones; el soldado, valiéndose de la franqueza y libertad de los campamentos, y el esclavo por su posicion en la familia: cada cual era un misionero segun el lugar que ocupaba; poseyendo la mayor influencia los esclavos, á quienes estaba confiada la educacion de los niños, y las mujeres, siempre mas generosas y mas entusiastas por las cosas divinas. Así se explica la falta de pormenores sobre los misioneros propiamente dichos. Cada cristiano era un verdadero misionero entre sus compatriotas, y el Cristianismo iba infiltrándose por mil canales en todas las relaciones de la vida ². Y si todas estas causas no nos explican todavía suficientemente

tendieron antes de la era cristiana por los judíos, nutridos en la idea de esperar al Mesias, y por los paganos que se habian aproximado al Judaismo. Esto está probado evidentemente con las citaciones hechas por *Alexand. Polyhistor*, *Strabon* y *José*. Lo demás ha sido propagado por los Cristianos en el siglo I y II. Cf. *Natal. Alexand. Hist. eccl. Bleek*, de la apar. de la Col. de los orác. sib. Cf. *Mähler*, *Patrologia*, t. I.

¹ *Tertul. Apolog.* c. 39, ed. *Haverc.* p. 325. *Minut. Felix*, c. 9. (*Galland. t. II*, p. 385).

² *Euseb. Hist. ecl.* III, 37; *Justin. Dial. con Tryph.* c. 8.